Notas de Elena G. de White

Lección 10
10 de Marzo de 2012

La promesa de la oración

Sábado 3 de marzo

Aquellos que mediante la fe en los méritos de la sangre de Cristo tienen manos limpias y corazón puro, recibirán el manto blanco y la corona de justicia, y una vida paralela a la vida de Dios. No hay límite a las bendiciones que se pueden recibir en respuesta a la oración sincera y ferviente. El amor de Dios por nosotros es inmensurable y si él ve que con las bendiciones que tiene el poder de concedernos no nos vamos a enorgullecer sino que las aceptaremos con corazones humildes y agradecidos, nos dará abundantemente lo que pedimos. Nos dice: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá" (Mateo 7:7, 8) (***Signs of the Times*, 23 de diciembre, 1889**).

Para guardar nuestro corazón debemos ser constantes en orar y no dudar en pedir ayuda al trono de la gracia. Los que nos llamamos cristianos debemos acercarnos a Dios con todo fervor y humildad, pidiendo su ayuda. El Salvador nos ha dicho que oremos sin cesar, y aunque no siempre estaremos en una posición física para orar, nuestros pensamientos y deseos siempre debieran mirar hacia lo alto. Si habláramos menos y oráramos más, nuestra confianza propia desaparecerá (***The Youth's Instructor*, 5 de marzo, 1903**).

Domingo 4 de marzo:
El poder de la oración

Hay que "orar siempre y no desmayar" (Lucas 18:1). Toda oración sincera que se ofrece a Dios va mezclada con la eficacia de la sangre de Cristo. Si la respuesta se demora, se debe a que Dios desea que manifestemos una santa osadía al reclamar el cumplimiento de la palabra empeñada por Dios. Fiel es el que prometió (***Cada día con Dios*, p. 177**).

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Mateo 7:7).

¿Por qué no recibimos más de Aquel que es la Fuente de luz y poder? Esperamos demasiado poco. ¿Ha perdido Dios su amor por el hombre? ¿No sigue fluyendo su amor hacia la tierra?...

No evaluamos como debiéramos el poder y la eficacia de la oración.

"Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Romanos 8:26). Dios desea que vayamos a él en oración para que él pueda alumbrar nuestras mentes. Solo él puede darnos una clara concepción de la verdad. El solo puede ablandar y subyugar el corazón. Puede agudizar el entendimiento para discernir la verdad del error. Puede afirmar la mente variante y darle un conocimiento y una fe que soportarán la prueba. Orad, pues; orad sin cesar. El Señor que oyó la oración de Daniel, oirá la vuestra si os acercáis a él como Daniel lo hizo.

Vivamos en estrecha comunión con Dios. El gozo del cristiano consiste en un sentido del amor y el cuidado de Dios por sus hijos, y en la seguridad de que no los dejará solos en sus debilidades.

Necesitamos saber cómo orar. No son las oraciones insustanciales y sin vigor las que se aferran de los atributos divinos. La oración es oída por Dios cuando proviene de un corazón quebrantado por un sentimiento de indignidad. La oración fue instituida para nuestro consuelo y salvación, para que mediante la fe y la esperanza podamos echar mano de las ricas promesas de Dios. La oración es la expresión de los deseos de un alma hambrienta y sedienta de justicia.

La oración mueve el cielo. Ese poder que únicamente viene en respuesta a la oración hará sabios a los hombres en la sabiduría del cielo y los capacitará para trabajar en la unidad del Espíritu, unidos con los vínculos de paz (***En lugares celestiales,* p. 75**).

¿Qué comprende la intercesión? Es la cadena áurea que une al hombre finito con el trono del Dios infinito. El ser humano, a quien Cristo ha salvado por su muerte, importuna ante el trono de Dios, y su petición es tomada por Jesús que lo ha comprado con su propia sangre. Nuestro gran Sumo Sacerdote coloca su justicia de parte del sincero suplicante, y la oración de Cristo se une con la del ser humano que ruega.

Cristo insta a su pueblo que ore sin cesar. Esto no significa que debiéramos estar siempre de rodillas, sino que la oración ha de ser como el aliento del alma. Nuestros pedidos silenciosos, doquiera estemos, han de ascender a Dios, y Jesús nuestro Abogado suplica por nosotros, sosteniendo con el incienso de su justicia nuestros pedidos ante el Padre.

El Señor no dejará a sus hijos afligidos y probados para que soporten las tentaciones de Satanás. Tenemos el privilegio de confiar en Jesús. Los cielos están henchidos de ricas bendiciones, y es nuestro el privilegio de tener el gozo de Cristo en nosotros para que nuestro gozo sea completo (***A fin de conocerle,* p. 80**).

Lunes 5 de marzo:
Jesús, el Mesías que oraba

Cristo dijo a Pedro: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandaros como a trigo; mas yo he rogado por ti que tu fe no falte". ¿Quién puede calcular el resultado de las oraciones del Salvador del mundo? Cuando Jesús vea el fruto del trabajo de su alma y quede satisfecho, entonces comprenderá el valor de sus fervientes oraciones mientras su divinidad estaba velada con humanidad.

Jesús oró no solo por uno, sino por todos sus discípulos: "Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo" (Juan 17:24). Su ojo atravesó el obscuro velo del futuro, y leyó la biografía de cada hijo e hija de Adán. Sintió las cargas y tristezas de toda alma agitada por la tempestad; y esta oración

ferviente incluyó al mismo tiempo que sus discípulos vivos a todos los que le siguiesen hasta el fin del mundo. "Mas no mego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos" (Juan 17:20). Sí; esa oración de Cristo nos abarca aun a nosotros. Debemos ser consolados por el pensamiento de que tenemos un gran Intercesor en el cielo, que presenta nuestras peticiones ante Dios.

"Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (1 Juan 2:1). En la hora de mayor necesidad, cuando el desaliento quiera abrumar el alma, es entonces cuando el vigilante ojo de Jesús ve que necesitamos su ayuda. La hora de la necesidad humana es la hora de la oportunidad de Dios. Cuando todo apoyo humano fracasa, entonces Jesús acude en nuestro auxilio, y su presencia despeja las tinieblas y disipa la nube de lobreguez (***Testimonios para la iglesia*, tomo 4, pp. 521, 522**).

La fortaleza de Cristo residía en la oración... Cristo se retiraba a los huertos y a las montañas dejando completamente atrás el mundo y todo lo demás. Permanecía solo con su Padre. Con intenso fervor presentaba su súplica, y ponía toda la fortaleza de su alma en aferrarse de la mano del Infinito. Cuando nuevas y mayores tribulaciones se le oponían, se apartaba a la soledad de las montañas, y pasaba toda la noche en oración con su Padre celestial.

Siendo que Cristo es nuestro ejemplo en todas las cosas, si imitamos su ejemplo en lo que se refiere a la oración ferviente e importuna a Dios, para tener fortaleza en su nombre a fin de no ceder a las tentaciones de Satanás y resistir sus engaños y al maligno enemigo, no seríamos vencidos por él (***Hijos e hijas de Dios*, p. 138**).

...Cristo condescendió en tomar la naturaleza del hombre, y fue tentado en todo como nosotros, a fin de que pudiese socorrer a todos los que son tentados.

Como estaba revestido de humanidad, sentía la necesidad de la fuerza de su Padre. Tenía lugares selectos para orar. Se deleitaba en mantenerse en comunión con su Padre en la soledad de la montaña. En este ejercicio, su alma santa y humana se fortalecía para afrontar los deberes y las pruebas del día. Nuestro Salvador se identifica con nuestras necesidades y debilidades, porque elevó sus súplicas noc-

turnas para pedir al Padre nuevas reservas de fuerza, a fin de salir vigorizado y refrigerado, fortalecido para arrostrar el deber y la prueba. Él es nuestro ejemplo en todo. Se hermana con nuestras flaquezas, pero no alimenta pasiones semejantes a las nuestras. Como no pecó, su naturaleza rehuía el mal. Soportó luchas y torturas del alma en un mundo de pecado. Dado su carácter humano, la oración era para él una necesidad y un privilegio. Requería el más poderoso apoyo y consuelo divino que su Padre estuviera dispuesto a impartirle a él que, para beneficio del hombre, había dejado los goces del cielo y elegido por morada un mundo frío e ingrato. Cristo halló consuelo y gozo en la comunión con su Padre. Allí podía descargar su corazón de los pesares que lo abrumaban (***Joyas de 1os testimonios*, tomo 1, pp. 218, 219**).

Martes 6 de marzo:
La oración de fe

La influencia de la oración de fe es tan abarcante como la eternidad. El Señor bendecirá a cuantos lo busquen con todo su corazón, y que con almas humildes y propósito decidido se esfuercen por seguir el ejemplo de Cristo. A los que así buscan ser participantes de la naturaleza divina se dirigen las palabras: "No os canséis de hacer bien" (2 Tesalonicenses 3:13), "creciendo en la obra del Señor siempre". Quien trabaja con fe y humildad, aferrándose a las promesas de Dios, prevalecerá. La grandeza del reino bajo los cielos será dada a los fieles y creyentes hijos de Dios (***Reflejemos a Jesús*, p. 94**).

Por la fe en Cristo se puede suplir toda deficiencia de carácter, purificar toda impureza, corregir toda falta y desarrollar toda buena cualidad. "Vosotros estáis completos en él".
La oración y la fe están íntimamente ligadas y necesitan ser estudiadas juntas. En la oración de fe hay una ciencia divina; es una ciencia que debe comprender todo el que quiera tener éxito en la obra de su vida. Cristo dice: "Todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá". Él explica claramente que nuestra petición debe estar de acuerdo con la voluntad de Dios; debemos pedir cosas que él haya prometido y todo lo que recibamos debe ser usado para hacer su voluntad. Cuando se satisfacen las condiciones, la promesa es indubitable.

Podemos pedir perdón por el pecado, el don del Espíritu Santo, un carácter como el de Cristo, sabiduría y fuerza para hacer su obra, cualquier don que él haya prometido; luego tenemos que creer para recibir y dar gracias a Dios por lo que hemos recibido.

No necesitamos buscar una evidencia exterior de la bendición. El don está en la promesa y podemos emprender nuestro trabajo seguros de que Dios es capaz de cumplir lo que ha prometido y que el don, que ya poseemos, se manifestará cuando más lo necesitemos (***La educación*, pp. 257, 258**).

Es la sentida oración de fe la que es oída en el cielo y contestada en la tierra. Dios entiende las necesidades de la humanidad. Él sabe lo que deseamos antes que se lo pidamos. Él ve el conflicto del alma con la duda y la tentación. Nota la sinceridad del suplicante. Aceptará la humillación y aflicción del alma. "A aquél miraré que es pobre y humilde de espíritu —declara— y que tiembla ante mi palabra" (Isaías 66:2).

Es privilegio nuestro orar con confianza, pues el Espíritu formula nuestras peticiones. Con sencillez debemos presentar nuestras necesidades al Señor, y apropiamos de su promesa...

Nuestras oraciones deben estar llenas de ternura y amor. Cuando anhelemos sentir de una manera más profunda y más amplia el amor del Salvador, clamaremos a Dios por más sabiduría (***La maravillosa gracia de Dios*, p. 92**).

Miércoles 7 de marzo:
Por qué no pedís

No podemos vivir sin la gracia de Cristo. Necesitamos la ayuda de arriba para resistir a las múltiples tentaciones de Satanás y escapar de sus artificios. En medio de la oscuridad prevaleciente debemos tener la luz de Dios para revelar las trampas y los lazos del error; de lo contrario seremos atrapados. Debiéramos aprovechar toda oportunidad de orar, tanto en secreto como alrededor del altar familiar. Muchos deben aprender a orar... Cuando con humildad le contamos al Señor nuestras necesidades, el Espíritu mismo intercede por nosotros; cuando nuestro sentido de necesidad nos induce a desnudar nuestras almas ante el ojo de la Omnipotencia que todo lo escudriña,

nuestras oraciones fervientes y sinceras entran dentro del velo, nuestra fe reclama las promesas de Dios, y recibimos ayuda...

La oración es un deber y un privilegio. Debemos tener la ayuda que solo Dios puede dar, y esa ayuda no la recibiremos si no la pedimos. Si nos sentimos demasiado justos para sentir la necesidad de la ayuda de Dios, no la tendremos en el momento de mayor necesidad. Si somos demasiado independientes y autosuficientes para no confiar diariamente, mediante sincera oración, en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado, quedaremos sujetos a las tentaciones de Satanás...

Las oraciones fervientes y sinceras... proporcionarán fortaleza y gracia para resistir a los poderes de las tinieblas. Dios quiere bendecir. El está más deseoso de dar el Espíritu Santo a aquellos que se lo piden de lo que lo están los padres para dar buenas dádivas a sus hijos. Pero muchos no sienten su necesidad. No comprenden que no puede hacer nada sin la ayuda de Jesús.

Me ha sido mostrado que los ángeles de Dios están listos para impartir gracia y poder a aquellos que sienten su necesidad de fortaleza divina. Pero estos mensajeros celestiales no derramarán bendiciones a menos que éstas sean solicitadas. Están esperando el clamor de las almas que sienten hambre y sed de la bendición de Dios; a menudo han esperado en vano. Hubo, en realidad, oraciones casuales, pero no eran las fervientes súplicas de corazones humildes y contritos...

Aquellos que quieren recibir la bendición del Señor deben preparar ellos mismos el camino, confesando los pecados, humillándose delante de Dios con verdadera penitencia y con fe en los méritos de la sangre de Cristo (***Nuestra elevada vocación,* p. 131**).

La oración que asciende desde un corazón quebrantado y contrito, por más que provenga de los labios del santo más humilde, no será dejada de lado, porque es como música a los oídos de nuestro Padre celestial. Él está esperando conceder sus bendiciones; y son tantas las que puede darnos, que nosotros no tenemos capacidad para medirlas. Cuánto poder tendría la iglesia si frecuentemente pidiera con fe los abundantes tesoros en reserva. Solo hemos comenzado a gustar de sus divinas promesas; es nuestro privilegio beber abundantemente de la fuente de amor inconmensurable. ¡Qué extraño que oremos

tan poco! Dios está deseoso de escuchar la oración ferviente del más humilde de sus hijos, y sin embargo dudamos de presentarle todas nuestras necesidades a él. ¿Qué pensarán los ángeles al ver a estos pobres y necesitados seres humanos, sujetos a tentación, orando tan poco y teniendo tan poca fe, cuando el infinito corazón de amor de Dios está listo para darles más de lo que ellos puedan pedir o pensar? A los ángeles les encanta inclinarse ante Dios y estar cerca de él; su mayor gozo es relacionarse con él. Y sin embargo, sus hijos en la tierra, que necesitan tanto de la ayuda que solo Dios puede darles, caminan sin la luz del Espíritu; sin la compañía de su presencia (***Signs of the Times*, 23 de diciembre, 1889**).

Jueves 8 de marzo:
Cumplir las condiciones

Son preciosos los privilegios al que permanece en Cristo... La preocupación de Cristo circunda a sus fíeles seguidores; sus deseos están de acuerdo con su voluntad; sus peticiones son redactadas por su Espíritu. Obtienen respuesta a sus oraciones porque piden las bendiciones que él se complace en derramar.

Pero diariamente se ofrecen miles de oraciones que Dios no puede contestar. Son oraciones sin fe. "Empero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es menester que el que a Dios se allega, crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" (Hebreos 11:6). Hay oraciones egoístas, que proceden de un corazón que oculta ídolos... Hay oraciones petulantes, displicentes, quejosas a causa de las cargas y las preocupaciones de la vida, en lugar de buscar humildemente la gracia que las aligere. No han sometido su voluntad a la voluntad de Dios. No cumplen con la condición de la promesa, y ésta no se cumple para ellos.

Los que permanecen en Jesús, tienen la seguridad de que Dios los oirá, porque a ellos les complace hacer su voluntad. No ofrecen una oración formal, que es mera palabrería, sino que acuden a Dios con una confianza fervorosa y sencilla, como un hijo a un padre tierno, y derraman ante él la historia de sus dificultades, temores y pecados, y presentan sus necesidades en el nombre de Jesús; se retiran de su presencia gozándose en la seguridad del amor perdonador y de la gracia sustentadora (***Nuestra elevada vocación*, p. 149**).

Debemos orar con el espíritu, pero también con el entendimiento, para que Dios responda los anhelos del alma y los deseos del corazón. Debemos ser inteligentes para entender las condiciones bajo las cuales el Señor escuchará y responderá la oración. Se usan muchas palabras en la oración que no tienen sentido, inútiles, sin fervor, y que no son aceptables ante Dios. Si el alma está manchada de impureza; si se acaricia la iniquidad en el corazón, la oración es una abominación para Dios (***Signs of the Times*, diciembre 16, 1889**).

Para recibir los preciosos dones de Dios, debemos cumplir con las condiciones que él mismo ha establecido en su palabra y no alejarnos de ellas. Debido a que abunda la iniquidad, el amor de muchos se enfría, y cuando llega la prueba de la fe, los que profesan ser hijos de Dios no son perseverantes en presentar sus peticiones ante el trono de la misericordia, ni dependen del Espíritu Santo, esperando y velando hasta saber lo que hay en la mente de Dios para ellos. Si ponemos nuestros pies en la senda de los mandamientos de Dios, podemos tener la seguridad de que nuestras oraciones serán contestadas. Hay una gran falta de fervor, una gran falta de vital interés en la oración. Se nos exhorta a orar sin cesar, a mantener un espíritu de intercesión y presentar nuestras necesidades a Dios, aun las más pequeñas cosas de la vida: nuestras preocupaciones, nuestros negocios, nuestros deseos y carencias. El Señor nunca se cansa aunque le importunemos con nuestros pedidos. Y cuando contemplemos a Jesús en oración continua, hasta que no nos demos cuenta siquiera de que estamos orando, seremos transformados a su divina semejanza. Nuestras almas se tomarán hacia el Sol de justicia como las flores se tornan a la luz (***Signs of the Times*, 28 de mayo, 1896**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática